

Stefan Heep. 2019. *How Did the “White” God Come to Mexico? Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.

Andrea MARTÍNEZ BARACS
Biblioteca Digital Mexicana (México)
andrmmb@gmail.com

Este es un libro inusual de un autor inusual. La obra principal de este investigador *freelancer* alemán especializado en estudios religiosos es reciente, comienza aparentemente en 2016, y los dos únicos temas que han merecido su atención han sido “Hitler, ¿una manifestación de lo sagrado? Una reconsideración del aspecto religioso del nacionalsocialismo”, y varios trabajos sobre Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl como una fabricación cristiana.

Más que un libro para lectores, la obra de Heep quiere ser una demostración de la excelencia de su método. Sus hallazgos se proponen barrer con multitud de interpretaciones erróneas. El libro es inusual también por su tamaño y por lo focalizado de su propósito: escasas 138 páginas dedicadas únicamente a contar y comparar las diversas versiones de la historia mítica de Quetzalcóatl y de su homónimo incómodo, el príncipe Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl. Heep asocia esta historia religiosa-mítica-legendaria con el relato de Hernán Cortés a Carlos V sobre su encuentro con Moctezuma, según el cual Moctezuma le atribuyó a Cortés representar al dios o al gobernante legítimo que los mexicas estaban esperando.

Al término de su estudio, Heep considera haber rectificado varios puntos entrelazados:

- que la asociación del dios Quetzalcóatl con el príncipe-sacerdote legendario Ce Ácatl Topiltzin, que probablemente es pura ficción, responde a un intento de cristianizar al dios Quetzalcóatl ligándolo a un personaje humano, como Dios Padre con Jesucristo;
- que la idea del hombre-dios mesoamericano, desarrollada por Alfredo López Austin, con la noción emparentada de los *ixiptla* o representantes humanos de los dioses, tendría una raíz cristiana que este historiador no quiso ver;



- que la versión de un Quetzalcoatl humanista, opuesto a los sacrificios humanos y la guerra, es una distorsión, pues Quetzalcoatl se encuentra en la fundación de una religión de la guerra;
- que desde antes de la conquista el linaje de los *huey tlahtoque* mexicas operó estas distorsiones con el objeto primero de eclipsar a los otros dioses mesoamericanos para luego establecer una filiación directa entre ellos y el dios, y aparecer finalmente como sus encarnaciones. El culto a Quetzalcoatl aparece como la piedra de toque de una religión de Estado;
- que la noción de que Quetzalcoatl anunció y cumplió su regreso simbólico como Carlos V o como Hernán Cortés se propuso hacer de los nahuas un pueblo cristiano de origen, parte natural de la cristiandad occidental;
- que la elite mexica después de la conquista consolidó todo ello de común acuerdo con los franciscanos. Los informantes mexicas, unidos estrechamente a los frailes, escribieron esas versiones distorsionadas;
- que el objetivo final de los mexicas fue legitimar y fortalecer su linaje frente a los nuevos gobernantes de la corona de Castilla.

A partir de esas premisas, y ya depurada de sus elementos corruptos, la verdadera historia mítica de Quetzalcoatl, según Heep (p. 120), describiría

el establecimiento de la institución de la guerra con todos sus componentes confirmados etnográficamente: la preñez como guerra, la deificación de las mujeres que mueren durante el parto, el poder mágico de sus restos, los envoltorios sagrados de guerra, los instrumentos de sacrificio (cuchillos, pulque), los *nahuales*, los sacrificios humanos, la causa de la guerra y la deificación de las almas de los guerreros.¹

Para Heep, la lista de distorsiones es extensa: la atribución a Quetzalcoatl de ayunos, pecados, arrepentimientos, moralidad, rechazo de los sacrificios humanos, su desaparición y promesa de retorno y, desde luego, el empeño de los *tlahtoque* mexicas representándolo hasta su regreso son adiciones cristianas. El mito prehispánico era el de un dios del viento (Ehecatl Quetzalcoatl) procreado por dioses de la guerra; su carácter de hombre de origen divino es una adaptación colonial. El sacrificio de mariposas y serpientes promovido por Quetzalcóatl no le parece una señal de pacifismo,

¹ Todas las citas son traducciones de la autora.

pues eran símbolos guerreros. El autor concluye (p. 116-17): “la ideología de la guerra legitimó el poder de la nobleza guerrera y la hegemonía de los aztecas [...] creó una relación ontológica entre los ciclos natural y mítico de la vida y declaró a la guerra como el motor del mundo, conducido por una serie de transformaciones” simbolizadas por la estrella de la mañana.

Para lograr despejar la historia de Quetzalcoatl de la impronta cristiana, Heep realiza lo que supuestamente nadie antes que él había intentado: someter fuentes escogidas al “método hermenéutico”. Consiste en lo siguiente: “crítica de la forma, crítica de la redacción, historia de los motivos, distinción entre expresiones informativas y performativas (*sic*) y observar las intenciones de los autores”. Adicionalmente, debe cubrir los siguientes cinco puntos (p. 7):

1. El texto *completo* debe ser leído críticamente e interpretado *por sí mismo* [...].
2. La interpretación debe referirse a la historia contemporánea de las fuentes [...].
3. La información obtenida de los textos debe ser comparada con la Biblia Cristiana y con textos etnográficos [...].
4. Las fuentes en cuestión deben ser comparadas [...].
5. Reconstrucción [...] El análisis comparativo de las fuentes revelará el pensamiento azteca.

Los cinco textos que Heep elige para someterlos a este tratamiento son los que H. B. Nicholson consideró “los recuentos más tempranos del relato básico de Topiltzin Quetzalcoatl de Tollan”. Para Heep, “ese pequeño grupo de fuentes” contendría “la tradición completa de Topiltzin Quetzalcoatl”. Su abierta crítica hacia Nicholson no lo movió a revisar esta selección, pero es claro que varias otras calificarían para participar en el estudio de Quetzalcoatl, ese enorme tema mesoamericano. Miguel León-Portilla (1974) mencionó los *Anales históricos de la nación mexicana*, escritos en 1528 por autores anónimos de Tlatelolco, la *Historia tolteca chichimeca*, el *Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacan* de Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, el *Códice Magliabechi*, el *Códice Borgia*, y desde luego las fuentes mayas (el *Popol Vuh* en particular) y las mixtecas (el *Códice Vindobonensis Mexicanus I*). Cabe añadir el *Rollo Selden*, el *Códice Vaticano 3738* (“A”), la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y el propio *Códice Florentino*, que contiene información más allá de los extractos estudiados por Heep. La gran mayoría de estos documentos, al igual que aquellos elegidos por Heep, tienen la huella cristiana, pero esto es un hecho que siempre se ha sabido.

Veamos las fuentes revisadas por Heep: la *Segunda carta de relación* de Hernán Cortés, firmada el 30 de octubre de 1520; la “Petición de doña Isabel” (hija de Moctezuma), de 1532, que es la “Relación de genealogía y linaje”, junto con el “Origen de los mexicanos”, publicados por Joaquín García Icazbalceta en su *Nueva colección de documentos inéditos para la historia de México*, de 1891; la “Leyenda de los Soles”, contenida en el *Códice Chimalpopoca*, originalmente reunido por Fernando de Alva Ixtlilxóchitl; parte de la misma colección, los “Anales de Cuauhtitlan”, que Heep presenta como “una compilación de varias historias locales escritas entre 1545 y 1570”, y el libro 7 de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún, dedicado a la creación del Quinto Sol en Teotihuacán.

Para comenzar, Heep destaca unas líneas que han concentrado mucha atención en la historiografía reciente sobre la conquista. En la *Segunda carta de relación* a Carlos V, Hernán Cortés (1963, 559-60) sostiene que, en su primer encuentro, Moctezuma le dijo que lo estaban esperando como su verdadero caudillo:

Muchos días ha que por nuestras escripturas tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales de ella sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza, y después tornó a venir dende mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra y tenían mucha generación y fechos pueblos donde vivían, y queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir ni menos recibirle por señor y así se volvió.

E siempre hemos tenido que los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos; e según de la parte que vos decís que venís, que es do sale el sol, y las cosas que decís deste gran señor o rey que acá os envió, cremos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural, en especial que nos decís que él ha muchos días que tenía noticia de nosotros. E por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y ternemos por señor, en lugar de ese gran señor que decís, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; e bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho; y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer [...].

Esta declaración, y otra similar, atribuida a Moctezuma en la misma relación, significaría nada menos que una cesión de dominio, que los vasa-

llos de Moctezuma supuestamente secundaron: “e que desde entonces para siempre se daban ello por vasallos de vuestra alteza”.

Ya fray Bartolomé de las Casas, en una obra poco conocida e inédita hasta 1968, *Los tesoros del Perú*, citada por Miguel León-Portilla (1974), refutó la pretensión de Cortés como mentirosa. En su introducción a la edición de las cartas de Hernán Cortés, Anthony Pagden y J. H. Elliott (1986) señalaron las numerosas falsedades en que Cortés incurrió, todas destinadas a mejorar su imagen ante Carlos V. En los últimos años, Camilla Townsend (2003) y Matthew Restall (2018) han sostenido que Cortés malinterpretó o tergiversó lo que eran fórmulas de cortesía nahuas (del estilo mexicano de “Pasa a tu humilde casa”) para presentar su invasión como consentida y aun agradecida por el gobernante.

A este tema de la cesión de dominio se añadió otro, por obra principalmente del capellán de Cortés, Francisco López de Gómara, y de la *Historia general de las cosas de Nueva España* (1558-1580) de fray Bernardino de Sahagún: la noción de que el dios al que los mexicas esperaban era Quetzalcoatl, quien partió al oriente y prometió regresar. Esta idea estaría relacionada con la imagen de los recién llegados como dioses. Miguel León-Portilla (1974) hizo un recuento completo de este tema, al que nos remitimos aquí. López de Gómara (1943, 106) escribió en su *Historia de la conquista de México*, refiriéndose a la embajada que envió Moctezuma ante los extranjeros que habían llegado a la costa del golfo de México: “y de las naos decían que venía el dios Quetzalcoatl con sus templos a cuestras, que era dios del aire que se había ido y le esperaban”. Es la primera mención impresa del asunto. El libro XII, f. 6 (2760) del *Códice Florentino* (versión manuscrita y bilingüe de la *Historia general* de Sahagún), que relata la conquista, contiene una referencia a Moctezuma en la misma circunstancia: “Mirad que me han dicho que ha llegado nuestro señor Quetzalcoatl id a recibirle [...] veis aquí estas joyas que le presentéis de mi parte que son todos los atavíos sacerdotales que a él le convienen”.

El texto en náhuatl de los informantes de Sahagún del libro XII incluye una descripción detallada y una ilustración de los atavíos de Quetzalcoatl que se entregaron a Cortés. Esos atavíos aparecen igualmente en los *Anales históricos de la nación mexicana* (1955, 27), escritos en náhuatl por tlatelolcas y terminado en 1528: “fue a darle la bienvenida (al capitán) el Cuetlaxteca, fue a entregarle dos soles de metal precioso, uno de metal amarillo y otro blanco”. La misma crónica temprana refiere que los enviados hicieron ante los extranjeros sacrificios humanos y les ofrecieron “sangre en un vaso del águila”, lo cual denotaría que los tenían por dioses.

En el artículo citado, Miguel León-Portilla daba respuesta a las tesis del historiador austriaco Victor Frankl (1962a, 1962b, 1963, 1966). Frankl negó la veracidad de que los nahuas tomaran por dioses a los recién llegados y de que los identificaran con Quetzalcoatl, el dios cuyo retorno esperaban. Atribuyó todo ello a la intención de Cortés de presentar a Carlos V como el mesías de estas tierras americanas. El propósito de Cortés habría sido lograr que se perdonara su desobediencia hacia su superior, Diego de Velázquez, mostrando que ese imperio americano recién descubierto siempre perteneció al Sacro Imperio Romano Germánico del que Carlos I era emperador desde 1519. Heep le da la razón a Frankl y sostiene que fue ignorado. La respuesta amplia y fundamentada de León Portilla demuestra lo contrario.

Con o sin “método hermenéutico”, el hecho de que Cortés haya mezclado verdades e invenciones para justificarse y justificar la proyectada anexión del nuevo mundo al imperio de Carlos V no es novedad para nadie. Como parte de su “análisis intrínseco”, Heep (p. 11) se sorprende de que Cortés comparara seriamente la integración del Nuevo Mundo al imperio con la integración de Alemania y no entiende que México le recordara a España al grado de quererla llamar Nueva España. Lo único extraño aquí son las alarmas de Heep. Todos los europeos que escribieron sobre América, particularmente los frailes Toribio Benavente (Motolinía), Gerónimo de Mendieta y Diego Durán, quisieron integrar ese Nuevo Mundo al orbe cristiano. Fray Servando Teresa de Mier en su sermón guadalupano de 1794 asimiló Quetzalcoatl a Santo Tomás, que también habría llegado a tierras americanas en su largo exilio, con lo cual la población nativa ya había sido cristiana y pertenecía por derecho propio a Occidente. Los documentos que analiza Heep, como casi todas las fuentes existentes sobre el mundo me-soamericano, tienen el problema de mezclar la mitología propia con nociones cristianas y europeas, como la historia romana. No siempre es fácil determinar dónde termina una y comienza la otra.

Frankl, Werner Stenzel, Townsend y Restall, y ahora Heep cuestionaron la autenticidad de la adición de Quetzalcoatl al relato de la conquista. Para disminuir el valor del testimonio de los informantes de Sahagún, Heep (pp. 2-3, 113) afirma perentoria y aún precipitadamente que los verdaderos expertos sobre los códices se negaron definitivamente a abrir su conocimiento a los invasores. Según su opinión, los mexicas que participaron en la conquista habían muerto ya cuando Sahagún buscó a sus informantes, de modo que éstos fueron jóvenes cristianizados y “no instruidos”, personas que en todo caso no conocían bien su propia antigüedad ni los pormenores

de la conquista. El razonamiento es extraño porque el propio Heep recurre al invaluable *Códice Florentino* a lo largo de su trabajo. Aunque intervenida por los frailes franciscanos que educaron a esos informantes, nadie pensaría en descartar esa increíble enciclopedia de la vida mesoamericana. Por otro lado, Miguel León-Portilla cita otros testimonios más en respaldo de la mencionada adición.

¿Por qué importa tanto este punto? Por dos razones distintas. Por una parte, los propios mexicas habrían elegido al Quetzalcoatl humanizado, ligado al príncipe legendario Ce Ácatl Topiltzin, para conferir a su linaje de *tlahtoque* una sacralidad monoteísta, basada exclusivamente en ese hombre-dios (p. 121). Esta elección habría ocurrido desde antes de la conquista, por lo que la humanización de Quetzalcoatl, falsa según Heep, sería no obstante previa a la conquista y cristianización (p. 92). Pero, después de la conquista, sería una fuente de legitimidad cristianizada para los *tlahtoque* mexica. Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (2009), entre otros, sostuvieron esta interesante noción. Con escaso conocimiento de la vida posterior a la conquista, Heep añade que los *tlahtoque* mexicas obtuvieron esa preeminencia como descendientes del dios único dado que, en varias ocasiones consecutivas, miembros de su linaje fueron gobernadores del ayuntamiento indígena de Mexico-Tenochtitlan. Extraño razonamiento una vez más: como si ser el *huey tlahtoani* y ser el gobernador indio de Mexico-Tenochtitlan después de la conquista fuesen dignidades remotamente comparables.

La segunda razón que esgrime Heep para demostrar la falsedad de la presencia de Quetzalcoatl en la conquista es más curiosa, y la encontramos en el propio título del libro: ¿Cómo vino el dios “blanco” a México? Comencemos por una observación “hermenéutica”: la blancura de Quetzalcoatl sólo se menciona en el título y en la primera hoja del libro, en su prefacio, pero no forma parte del estudio mismo. En uno de sus “análisis intrínsecos”, Heep diría que se trata de una incongruencia sospechosa, una señal de que la intención verdadera de la obra es diferente a su intención aparente. La blancura de Quetzalcoatl sí que fue una invención tardía y ajena a la conquista misma de México. Bartolomé de las Casas (1967, 1: 645-46) mencionó el aspecto europeo del dios. E historiadores posteriores como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y fray Juan de Torquemada incluyeron en sus descripciones el pelo rizado, la barba y la blancura. Se dirá que son observaciones escasas y poco relevantes y que no forman parte del propósito de investigación de Heep. Pero la blancura en cuestión es algo esencial: ahí finca el

supuesto valor moral de su obra, su urgencia, el cargo de supuesto racismo. Por eso la incluye en el título. Heep denuncia el racismo de ciertos autores —todos ellos poco conocidos—, “aventureros interesados en la arqueología”, “académicos racistas” y “autores de ventas masivas”. Y además declara: la noción de “invasores precolombinos provenientes del Viejo Mundo [...] fue manipulada como otra prueba de supremacía blanca” (p. xiii). ¿A dónde lleva esto? Heep lo dice en la misma página inicial: “La mayor parte de los libros de texto estadounidenses dicen que el gobernante azteca Moctezuma confundió al conquistador español Cortés con este Quetzalcoatl”. Lo que sugiere “intrínsecamente” Heep al lector es esto: las universidades americanas deben erradicar ese racismo dando a leer a Heep a sus estudiantes.

Esta urgencia pretendidamente antirracista por desbancar de la historia de la conquista la idea de que los nahuas confundieron a los invasores con dioses como Quetzalcoatl, proviene principalmente de Camilla Townsend, una historiadora del mundo nahua prolífica y con obras sustanciales. En materia de la conquista, Townsend es miembro prominente de la reciente ola de mesoamericanistas estadounidenses que han buscado recalcar la superioridad cualitativa y aun moral de su propia historiografía respecto de la anterior, donde figuraban muchos mexicanos. Así, por ejemplo, señala (Townsend 2003) que Miguel León-Portilla (es decir, el León-Portilla que se conoce en Estados Unidos, el autor de *The Broken Spears*, 1962) fue uno de los grandes responsables de promover esas versiones culpables, lo cual —según agrega— no le resta “significación política” a la trayectoria del maestro. (Cabe preguntar donde queda su “significación” académica). Townsend asimila la idea de que los nahuas pensaban que los españoles eran dioses con la idea racista de la superioridad tecnológica, mental, cultural de éstos sobre aquéllos. Aclara que de ese error sólo se salvan los historiadores de la escuela fundada por James Lockhart, que incluye a Matthew Restall, Stephanie Wood y a ella misma, entre otros. De ahí parte la diatriba contra el racismo tan usual hoy en día en el Primer Mundo: suponer la superioridad blanca en la conquista es un tipo de violación, no verlo abiertamente es encubrir el verdadero dolor de los mesoamericanos, “la historia de los dioses blancos en la conquista de México” es una “visión pornográfica de los acontecimientos” (Townsend 2003, 660). Con razón llama a “enterrar a los dioses blancos”, como reza el título de ese escrito suyo.

¿Quetzalcoatl, manipulado en el pasado, vuelto a manipular en nuestro tiempo, para fines ajenos a las historias propias de ese dios? Parecería que la cortina de humo del racismo oscurece algunas reflexiones. Tal vez sea cierto

que esa idea fue exagerada o aun falsa, pero ¿por qué negar la importancia de la religión y el pensamiento mágico en la mente y la práctica diaria de los nahuas? ¿Era de verdad imposible que los caballos, navíos y cañones de estos invasores tan extraños, tan diferentes a lo usual, pudieran haber atemorizado y sorprendido a los nahuas? ¿Era tan impensable que, al menos inicial y esporádicamente, los hubiesen considerado seres diferentes, incluso dioses?

El libro de Heep procede a revisar la leyenda de Quetzalcoatl en cada una de las cuatro fuentes restantes. Aplicando su método para decantar en esos textos lo prehispánico de la influencia cristiana, observa en los documentos “inconsistencias”, “rupturas narrativas”, “aserciones no creíbles”, “peculiaridades” que “permanecen no explicadas”, “diferencias que necesitan ser explicadas”, “construcciones ficticias”, “informaciones aisladas”. Hablando de la *Historia general* llega a decir (p. 109): “el autor no considera necesario explicar esta violación narrativa”. Es claro que Heep no parece tener familiaridad con las consideraciones filológicas mesoamericanas: la *Historia general* —como otras muchas narraciones— no tuvo un autor único y como ellas pudo ser una yuxtaposición de textos de orígenes distintos, por lo que es ingenuo o absurdo exigirles homogeneidad, congruencia y fluidez narrativa. Y Heep tampoco parece considerar que los personajes nahuas posteriores a la conquista seguían forjando su propia historia. En muchos documentos posteriores a la conquista —comenzando con los llamados *Códices Techialoyan*, los *Títulos primordiales* y otros— los indígenas virreinales intentan aprovechar los recursos legales y políticos de su momento para proteger sus derechos o conquistar otros, y esas gestiones legales requieren de justificaciones históricas *ad hoc*. Dado que nunca antes una mujer había sido *tlahtoani*, respecto de la pretensión de doña Isabel Moctezuma (documento segundo) de heredar el *tlahtocayotl* mexica, Heep concluye: “el propósito principal del texto es entonces dar credibilidad a nada más y nada menos que una mentira” (p. 26). ¿Era una “mentira” que tras la conquista una princesa mexica quisiera aprovechar su situación inédita para cambiar las reglas de la nobleza en su beneficio?

Al atribuir a influencia colonial el origen humano de Quetzalcoatl, Heep rechaza el concepto central de Alfredo López Austin del hombre-dios de la mitología nahua, así como la “existencia” misma de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcoatl, aquel gobernante legendario, el sacerdote-rey, que al morir se habría convertido en el dios Quetzalcoatl. Para Heep este relato es una simple imagen en espejo de Jesucristo. Respecto de Ce Ácatl, escribe (p. xv): “¡Pero esta persona nunca existió! Es un producto de “fake news”

pronunciadas por el conquistador Hernán Cortés y voluntariamente aceptadas por todos para sus propios propósitos”.

Observemos la imprecisión de atribuirle a Cortés aquello de Ce Ácatl Quetzalcoatl, cuando Heep es el primero en decir que Cortés nunca lo mencionó. Es difícil declarar la inexistencia segura de algún gobernante mesoamericano llamado Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcoatl, pues Ce Ácatl es un nombre calendárico y Topiltzin significa “Nuestro estimable señor”: Ce Ácatl Topiltzin sería un nombre genérico que muchos gobernantes pudieron haber portado. Además, finalmente se dijo que ese personaje partió al sureste, por lo que las investigaciones que lo ubican entre los mayas o en Oaxaca tienen sentido (Jansen 1997).

El análisis textual de los cinco documentos arroja consideraciones válidas e interesantes sobre la historia mítica de Quetzalcoatl, Nanáhuatl, Mixcóatl, Huémac y otros, hilvanando múltiples asociaciones entre conceptos y elementos como guerra, cacería, agua, fuego, viento, neblina, nubes, estrella de la mañana. No obstante, en ocasiones estas asociaciones son excesivas. Por ejemplo, Heep declara que la primacía de Tollan se debió al éxito conjunto de guerra y agricultura: “el símbolo del carrizo (*acatl*) unifica a ambos: ácatl ‘conquista’ la tierra, de ácatl se hacen las flechas, el carrizo y la caña tienen la apariencia del gemelo nocturno de la planta del maíz” (p. 115). Ocurre además que antes el autor declaró directamente que flecha en náhuatl se dice *acatl*, cuando la traducción común es *mitl* (p. 103).

Hay otros excesos interpretativos. Al mencionar el nombre divino *in tloque nahuaque*, “El señor del Cerca y del Junto” como se ha traducido, Heep (p. 90) se entusiasma y se declara convencido de que es una invención colonial y de que se trata de Yahvé. También escribe, sin haberlo en realidad demostrado: “y ya vimos que los aztecas nunca veneraron a sus ancestros” (p. 106). Hay otros errores aquí y allá, como decir que Motolinía fue el superior de Sahagún, que le mandó hacer su gran obra (fue fray Francisco Toral, en 1558, como recuerda Georges Baudot [2001, 166]).

Las obras que concentran la crítica de Heep son *The Myth of Quetzalcoatl. Religion, Rulership, and History in the Nahua World* (2015), de Alfredo López Austin, y *Topiltzin Quetzalcoatl: The Once and Future Lord of the Toltecs* (2001), de Henry B. Nicholson (1925-2007). Se refiere a ellas en tiempo presente y con severidad. En ningún momento menciona que se trata de ediciones muy tardías: la primera traduce, sin revisiones, *Hombre-dios: religión y política en el mundo náhuatl*, obra pionera publicada en 1973, hace 48 años. La segunda fue una publicación de 2001 basada en la tesis de

Nicholson de 1957, hecha 44 años antes. En ambos casos se trata de autores esenciales para los estudios mesoamericanos, con una obra pionera, vasta y profunda, que cubre un amplio *corpus* de materiales arqueológicos, etnohistóricos y etnográficos. Esta nueva tendencia a aplanar la temporalidad en la historiografía recuerda el criterio de la venta de libros en algunos sitios en línea: poner el año original es malo para las ventas. En este caso es reduccionista e injusto. Reduccionista porque la historiografía tiene su propia historia: ha tomado su tiempo estudiar una temática tan vasta y compleja como la civilización mesoamericana y la conquista de México. Ha sido una labor ardua porque se ha hecho, además, con fuentes diversas y de muy laboriosa interpretación. Y se ha logrado, en suma, sorteando tendencias y modas, desde la lectura bíblica hasta el actual revisionismo. Aunque este último —al que con entusiasmo se adhiere Heep— considera haber ganado un terreno indiscutible, resulta a su vez fechado e imperfecto. Y es un ejercicio injusto, porque no hay obra que pueda precaverse de cuestionamientos futuros. La ligereza con la que Heep desmiente a otros autores de importancia, como Guilhem Olivier, sólo confirma su escasa ponderación.

Una nota final. El demonio de la suerte regala al maestro Nicholson una inesperada alegría póstuma. Al inicio de su libro (p. 13), Heep reproduce una imagen muy conocida del *Lienzo de Tlaxcala*, con este pie: “Cortés y su traductora Malinche se reúnen con Moctezuma”. Fue Nicholson quien descubrió que el tocado de los jefes indígenas representados en esa imagen los identifica como tlaxcaltecas. En esta representación tlaxcalteca, Moctezuma es el personaje pequeñito que aparece en el techo de la casa, probablemente aherrojado (Nicholson, 1993). Para quien, como Heep, pretende ofrecer rectificaciones históricas conclusivas, no es un error insignificante. A esa pifia se añade una presentación descuidada: en el pie de foto no se menciona el *Lienzo de Tlaxcala* ni algún otro nombre de la obra a la cual pertenece la imagen. Heep atribuye la imagen a “artistas tlaxcaltecas desconocidos” y se refiere a ella únicamente como parte de una exhibición temporal. Paradojas de la nueva “hermenéutica”.

Referencias

Anales de Tlatelolco. Unos Anales históricos de la nación mexicana y códice de Tlatelolco. 1948. Edición de Heinrich Berlin y Robert H. Barlow. México: Antigua Librería Robredo de José Porrúa.

- Baudot, Georges. 2001. "Los precursores franciscanos de Sahagún del siglo XIII al siglo XVI en Asia y América". *Estudios de Cultura Náhuatl* 32: 159-73.
- Casas, Bartolomé, de las. 1967. *Apologética historia sumaria*. Edición de Edmundo O'Gorman. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Cortés, Hernán. 1963. *Cartas y documentos*. Introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba. México: Editorial Porrúa.
- Frankl, Victor. 1962a. "Die Begriffe des mexikanischen Kaisertums und der Weltmonarchie in den 'Cartas de Relación' des Hernando Cortés". *Saeculum* 13: 1-34.
- Frankl, Victor. 1962b. "Hernando Cortés y la tradición de las Siete Partidas". *Revista de Historia de América* 53-54: 9-74.
- Frankl, Victor. 1963. "Imperio particular e imperio universal en las cartas de relación de Hernán Cortés". *Cuadernos Hispanoamericanos* 165: 1-40.
- Frankl, Victor. 1966. "Die Cartas de Relación des Hernán Cortés und der Mythos der Wiederkehr des Quetzalcoatl". *Adeva Mitteilungen* 10: 7-17.
- Hernán Cortés, *Letters from Mexico*. 1986. Traducción y edición de Anthony Pagden, con una introducción de J. H. Elliott. New Haven, Londres: Yale University Press.
- Jansen, Maarten. 1997. "La serpiente emplumada y el amanecer de la historia". En *Códices, caciques y comunidades*, edición de Maarten Jansen y Luis Reyes García, 11- 63. Ridderkerk (Países Bajos): Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos AHILA, Cuadernos de Historia Latinoamericana.
- León-Portilla, Miguel. 1959. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- León-Portilla, Miguel. 1974. "Quetzalcoatl-Cortés en la conquista de México". *Historia Mexicana* 24 (1): 13-35.
- León-Portilla, Miguel. 2007 [1962]. *The Broken Spears: The Aztec Account of the Conquest of Mexico*. Boston: Beacon Press.
- López Austin, Alfredo. 1998 [1973]. *Hombre-dios: religión y política en el mundo náhuatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- López Austin, Alfredo. 2015. *The Myth of Quetzalcoatl. Religion, Rulership, and History in the Nahua World*. Traducción de Russ Davidson y Guilhem Olivier, prefacio de David Carrasco, con una nueva introducción del autor. Boulder: University of Colorado Press.
- López de Gómara, Francisco. 1943. *Historia de la conquista de México*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. 2 v. México: Editorial Robredo.
- López Luján, Leonardo y Alfredo López Austin. 2009. "The Mexica in Tula and Tula in Mexico-Tenochtitlan." En *The Art of Urbanism: How Mesoamerican Cities Represented Themselves in Architecture and Imagery*, edición de William

- L. Flash y Leonardo López Luján, 384-422. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Nicholson, Henry B. 1957. "Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A Problem in Mesoamerican History". Tesis de doctorado, departamento de Antropología, Harvard University.
- Nicholson, Henry B. 1993. "El tocado real de los tlaxcaltecas". En *La escritura pictográfica en Tlaxcala: dos mil años de experiencia mesoamericana*, edición de Luis Reyes García, 139-68. Tlaxcala: Universidad Autónoma de Tlaxcala, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Nicholson, Henry B. 2001a. *Topiltzin Quetzalcoatl: The Once and Future Lord of the Toltecs*. Boulder: University Press of Colorado.
- Nicholson, Henry B. 2001b. *The "Return of Quetzalcoatl": Did It Play a Role in The Conquest of México?* Lancaster (California): Labyrinthos.
- Nicholson, Henry B. 2020. "Ehecatl Quetzalcoatl vs. Topiltzin Quetzalcoatl of Tollan: A Problem in Mesoamerican Religion and History". *Estudios de Cultura Náhuatl* 59: 211-30. [Publicado originalmente en *Actes du XLIIe Congrès International des Américanistes, Congrès du Centenaire. Paris, 2-9 sept 1976*, vol. VI, 35-47. París: Société des Américanistes, 1979.]
- Olivier, Guilhem. 2007. "Henry B. Nicholson (1925-2007)". *Journal de la Société des américanistes* 93 (2): 153-71. <https://doi.org/10.4000/jsa.8233>
- Olivier, Guilhem. 2015. *Cacería, sacrificio y poder en Mesoamérica. Tras las huellas de Mixcóatl "Serpiente de Nube."* México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Restall, Matthew. 2018. *When Montezuma Met Cortes: The True Story of the Meeting that Changed History*. Nueva York: Harper Collins.
- Stenzel, Werner. 1980. "Quetzalcoatl von Tula: Die Mythogenese einer postkortesischen Legende". *Zeitschrift für Lateinamerika* 18: 5-91.
- Stenzel, Werner. 1991. *Quetzalcóatl de Tula: mitogénesis de una leyenda postcortesiana*. San Nicolás de los Garza (Nuevo León): Universidad Autónoma de Nuevo León, Facultad de Filosofía y Letras.
- Townsend, Camilla. 2003. "Burying the White Gods: New Perspectives on the Conquest of Mexico". *The American Historical Review* 108 (3): 659-87.